

¡Ah gente infame, digna, por vuestro bajo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, cuanto mas la asistencia, de cualquier caballero andante! ¡Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad! decidme: ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? ¿quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿qué rey no le asentó á su mesa? ¿qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y, finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga brios para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?”

CAPÍTULO XLVI.

De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quijote.

En tanto que Don Quijote esto decia, estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros cómo Don Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para qué llevar aquel negocio adelante, pues, aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y, que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas. “Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo.” En efecto, tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo Don Quijote hacer, que mas locos fueran, que no él, los cuadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quijote; y así tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rancor á su pendencia. Finalmente, ellos, como miembros de justicia, mediaron la causa, y fueron árbitros della de tal modo, que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo menos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y, en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura, á socapa, y sin que Don Quijote lo entendiese, le dió por la hacia ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entonces ni por siempre jamás amen. Sosegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de Don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para

acompañarle donde Don Fernando le quería llevar: y, como ya la buena suerte y mejor fortuna había comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto Don Luis quería, de que recibió tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella sazón la mirara el rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendía bien todos los sucesos que había visto, se entristecía y alegraba á bulto, conforme veía y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenía siempre puestos los ojos y traía colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura había hecho al barbero, pidió el escote de Don Quijote, con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldría de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura, y lo pagó Don Fernando, puesto que el oidor, de muy buena voluntad, había también ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecía la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quijote había dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano: de todo lo cual fué comun opinion, que se debían dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor cura, y á la incomparable liberalidad de Don Fernando. Viéndose, pues, Don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que había sido llamado y escogido; y así, con resoluta determinacion, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él, por obedecella, se puso en pié, y le dijo: "Es comun proverbio, hermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura; y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia, que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo, ya es sin provecho, y podría sernos de tanto daño, que lo echásemos de ver algun dia: porque ¿quién sabe si, por ócultas espías y diligentes, habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante, de que yo voy á destruíle, y, dándole lugar el tiempo, se fortificase en algun inexpugnable castillo ó fortaleza contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura, que no está mas de tenerla vuestra grandeza, como desea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario." Calló, y no dijo mas Don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la hermosa infanta, la cual, con ademan señorial

y acomodado al estilo de Don Quijote, le respondió desta manera: "Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mujeres en el mundo; y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra; disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante; que, la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare.—Á la mano de Dios, dijo Don Quijote; pues, así es, que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono: la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino; porque suele decirse, que *en la tardanza está el peligro*; y, pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la reina, y despedámonos del castellano y destes señores, y vamos de aquí luego al punto." Sancho, que á todo estaba presente, dijo, meneando la cabeza á una parte y á otra: "¡Ay señor, señor, y cómo hay mas mal en el aldegüela que se suena! con perdon sea dicho de las tocas honradas.—¿Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano?—Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor.—Dí lo que quisieres, replicó Don Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo; que, si tú le tienes, haces como quien eres, y, si yo no le tengo, hago como quien soy.—No es eso, ¡pecador fui yo á Dios! respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora, que se dice ser reina del gran reino Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque, á ser lo que ella dice, no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda, á vuelta de cabeza y á cada traspuesta." Paróse colorada, con las razones de Sancho, Dorotea, porque era verdad que su esposo Don Fernando, alguna vez, á hurto de otros ojos, había cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos; lo cual había visto Sancho, y parecióle que aquella desenvoltura mas era de dama cortesana que de reina de tan gran reino, y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: "Esto digo, señor, porque si, al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme prisa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento y aderece el palafren, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos." ¡Oh, váleme Dios, y cuán grande que fué el enojo que recibió Don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que, con voz atropellada y tartamuda lengua,